

pasaron entre ellos una desdichada parte de tiempo. Socorriólos Dios, porque tuvo orden el padre Fr. Andres Navarro para escribir al general el mal pasaje que se les hacia, el cual luego que lo supo mandó castigar á los culpados (que recibieron en pago muy buenos azotes con rebenques bien breados) y que se les diera mejor de comer por el capitán de la urca, y aun envió socorro de agua y biscocho que les diesen, piedad que parece trae consigo la nobleza.

Retirados de estas costas con menoscabo de tres urcas que bararon en las Arcas (que llaman) fueron á las de la Habana. Antes de salir de la canal de Bahama les dió un temporal tan récio, que á vista de los de la urca donde iban los religiosos se fueron las otras nueve al fondo pereciendo gente y bajeles juntamente. La que quedó echó á los dos religiosos y ocho españoles que llevaban prisioneros en tierra en la costa de la Florida. A poco rato vieron como la urca de donde los habian sacado se fué tambien á fondo sin parecer ni verse mas cosa alguna de ella, que parece la conservó Dios miéntras estuvieron los verdaderos católicos y sacerdotes, y que aquella sumersion fué castigo de las inquietudes y blasfemias de la confusion babilónica que componia aquella armada. Componíase segun dice el padre Fr. Andres Navarro de hugonotes, calvinistas, arrianos, sacramentarios, protestantes, zuinglianos y otras diversas sectas, y lo mas lastimoso que habia entre ellos algunos católicos romanos.

Refiriendo los trabajos que padecieron miéntras fueron prisioneros dice lo siguiente, que lo refiero á la letra, porque cada uno discurra como la piedad le dictare. "Lo que nos sucedió con ellos en ese mar de Cristo, es para nunca acabar: solo diré á V. R. en esta, que lo crea, que no lo crea (por ser en alabanza y grandeza de la vírgen Maria nuestra Señora lo pongo y digo) como yo era muy devoto de nuestra Se-

ñora de Champoton, me encomendaba muy de veras á ella y á las once mil vírgenes. Juraré con juramento afirmativo que ví á nuestra Señora de Champoton con las vírgenes, que anduvieron en el combés riñendo con los ingleses cuando todos ellos se ahogaron y no quedó sino es nuestro navío en que ibamos entre ambos frailes. Y á mi ver fué porque despedazaron de un alfanjazo la cabeza de nuestra Señora y saquearon á la santa imagen y á todo cuanto tenia, y el castigo que dignamente merecieron fué el ahogarse todos sin quedar ninguno á vida sino es nosotros &c." Cuatro meses menos ocho dias estuvieron los religiosos en poder de los ingleses, y dice el P. Fr. Andres que el guardian deseó mucho padecer muerte por la confesion de nuestra santa fé católica romana, y á él le decian que le querian llevar á Inglaterra para que dijese misa á la reina, que se la decian todos los dias. Llegaron con grandes trabajos de hambre y sed á la Habana donde los socorrieron, y despues volvieron á esta provincia. Tal fué el fin que tuvo aquella armada; con que quedaron estas costas sin el peligro que se recelaba.

CAPITULO TERCERO.

De un capítulo provincial, y cómo fueron religiosos á la nueva conversion del reino del Próspero.

Aunque esta eleccion fué ántes de la venida del gobernador D. Henrique Dávila, la diferí por seguir mejor sus consecuencias á ella. Cumplíase el trienio del reverendo padre Diego de Cervantes, y vino á visitar esta provincia segunda vez el muy reverendo padre Fr.

Juan de Prada comisario general, y habiendo satisfecho á esta obligacion, celebró capítulo en la ciudad de Mérida á catorce de mayo de mil y seiscientos y cuarenta y cuatro años; y porque la provincia se inclinaba á uno, y el padre comisario tenia por su compañero y secretario á otro religioso que pertenecia á esta provincia, no se echó voz por alguno, sino que entraron los vocales á elegir segun su dictámen (raras veces sucede esto) y así eligieron al que deseaba la provincia, que fué el reverendo padre Fr. Gerónimo de Prat, lector jubilado y difinidor actual que era. Difinidores los reverendos padres Fr. Diego de Honorato, Fr. Pedro de los Reyes, Fr. Juan de Alcocer y Fr. Juan Sánchez. Custodio fue electo el reverendo padre Fr. Bernardo de Sosa, y comisario provincial (para votar en el capítulo general siguiente por el provincial de esta provincia) el padre predicador Fr. Sebastian de Quiñones. Despues celebró el provincial su congregacion en el convento de Maxcanú á veinte y uno de octubre de mil seiscientos cuarenta y cinco años.

Habia capitulado con su majestad (que Dios guarde) D. Diego Ordóñez de Vera y Villaquiran, natural de la imperial ciudad de Toledo y caballero de la orden de Calatrava, la conquista de las naciones que hay de indios infieles entre esta tierra y Goatemala, con título de adelantado del reino del Próspero (que este nombre se la daba al todo de aquella conquista) y otras mercedes para despues de conseguida la pacificacion de aquellos naturales. Diósele entónces la alcaldía mayor de Ciudad-Real de Chiapa de españoles, para que desde allí con esta comodidad hiciese la entrada. Aunque en el tiempo que estuvo en aquel oficio la comenzó, fué tan poco lo que adelantó en ella que solamente le quedó conocimiento de lo mas cercano, y hizo una poblacion de algunos indios que se le dieron, á quienes

catequizó un religioso dominico de la provincia de Chiapa, aunque sabia poca ó ninguna lengua, porque hablan la de Yucatan y no la de Chiapa ó Vera-Paz, que es de su administracion, y él sabia. Acabó su oficio este caballero y quedó pobre, porque procedió en él muy cristiana y desinteresadamente (como es fama, y yo lo oí en aquella ciudad pasando por ella) y aunque tenia buena encomienda de indios que era la de Mita en Goatemala, la renta entraba en la caja real de aquella ciudad, asentado así por la capitulacion, para que cuando se ejecutase con todas veras la entrada, estuviese como en depósito para el gasto que se habia de hacer en ella.

Aconsejaronle, y bien, que desde esta tierra de Yucatan era donde mas directamente se puede ir, y que la mayor ayuda eran los ministros religiosos de esta provincia por saber la lengua, la cual ignoran los de otras, y siguiendo este consejo vino á Yucatan el dicho año de cuarenta y cinco. Comunicó con el R. P. provincial su intento, y prometióle de parte de la religion quanto fuese posible ayudarle en servicio de nuestro Señor y de S. M. Andando en estos tratados llegó por fines de aquel año el gobernador D. Estéban de Azcárraga, y comunicándole el fin con que estaba en esta tierra, le prometió cuanta ayuda pudiese dar. Con tan buen acogimiento de gobernador y provincial publicó el general y adelantado D. Diego de Vera la capitulacion, dió oficios militares, arboláronse banderas y comenzó á alistarse gente para la jornada. Pidió al padre provincial que pues veia yá la disposicion en que estaba, le diese religiosos que fuesen por delante, porque de sus amonestaciones y predicacion confiaba mas que de las otras prevenciones militares que se quedaban disponiendo. Aunque se ofrecieron muchos, quedaron escogidos los padres predicadores Fr. Hermenegildo Infante, natural de la ciudad de Granada y hijo de la santa provincia de Andalucía, con título de comisario de

aquella nueva conversion, y el padre Fr. Simon de Villasis, natural de la ciudad de Mérida en esta tierra, gran lengua de estos naturales y muy cuidadoso en su administracion y doctrina.

Salieron del puerto de Campeche segunda semana de Cuaresma por el mes de febrero, año de mil y seiscientos y cuarenta y seis, sin poder haberlos ayudado el general con cosa alguna para su viaje, y aquella noche con viento récio que se levantó, se ahogaran si una fragata que salia para la Nueva España, no les echara su chalupa, con que aportaron al pueblo de Lerma una legua de Campeche. Saliendo de allí á otro dia los maltrató otro norte, y así con estos temporales llegaron á un paraje que se llama el Baradero, porque allí es forzoso sacar las canoas á tierra y pasarlas un corto trecho á una vuelta que hace la mar en lo que llaman Laguna de términos. Allí se les huyó el indio que llevaban por piloto, con que quedaron muy desaviados, y sirviendo á ratos cada uno de los religiosos de remero, llegaron á una estancia donde hallaron un español, llamado Juan Zetina, que iba á aquel viaje para el último beneficio de Yucatan, que es el de Uzumasinta, á vender alguna hacienda suya. Aunque se desacomodó, dió á los religiosos un indio de sus canoas, y los fué sustentando con su matalotaje hasta el beneficio, porque no llevaban sino un poco de biscocho, un queso y una poca harina de maiz. Tardaron en llegar á Uzumasinta veinte y cuatro dias con harta penuria de bastimentos y no pocos infortunios del tiempo. Habia pasado el general á aquel beneficio, dejando en Mérida los oficales de milicia para que juntasen la gente, y le llegaron martes santo, que llegaron con solos dos criados y su mujer doña Angela. Recibiolos con mucho contento, pero no estaba tan necesitado que no les pudo dar de comer ocho dias que allí estuvieron. Regaló mucho el padre beneficiado Juan Velázquez

de Arismendi á los religiosos, y ellos en agradecimiento confesaron á los mas de sus feligreses y españoles que allí habia, y predicaron aquella Semana Santa. El padre beneficiado continuando su caridad, les dió provision de bastimentos para lo que les faltaba, y pagó la embarcacion en que habian de ir desde allí por el rio hasta donde se camina por tierra. No tuvo el general que darles sino un perro y una perra que les hiciesen compañía; pero yá que no pudo mas, dióles una como provision sellada con el sello de sus armas en que mandaba á los indios recibiesen y regalasen á los religiosos, y á un capitán mestizo llamado Juan de Vilvao, que habia quedado allá, que los asistiese en todo, y el mandato decia así:

“Capitan Juan de Vilvao, cacique D. Pedro Xix, alcaldes, justicias y regimiento y tatoques del pueblo de Nohhá, mi plaza de armas con las del rey nuestro señor (Dios le guarde) en este reino del Próspero. Yá su Divina Majestad ha sido servido que hayan llegado á este pueblo de Uzumasinta los dos RR. padres comisario Fr. Hermenegildo Infante y Fr. Simon de Villasis, que á instancia mia vienen enviados del muy R. padre Fr. Gerónimo de Prat de la seráfica orden de S. Francisco, para la predicacion del Sagrado Evangelio y dar la luz divina en esas almas y las demas que en ese reino se fueren pacificando. Yo os mando en nombre del rey nuestro señor, y en virtud de sus reales cédulas, que hagais el recibimiento, festejo y agasajo á sus paternidades que pudiera hacer á mi persona, y que recibidos los aposenteis en las casas reales entre tanto que se labra viviendo cómoda para la habitacion de sus paternidades. A quien entregad luego la iglesia de ese pueblo con todas sus imágenes, calices, ornamentos y lo demas que hubiere dedicado al culto divino. Para cuya celebridad, frecuentacion y doctrina de todos, os mando que deis, y hagais dar todo el favor, ayuda y asis-

tencia que os pidieren sus paternidades, y veneraréis sus personas, y los agasajaréis y atenderéis como á ministros de Dios que como apóstoles sagrados van á representar á los de Cristo nuestro Señor. Todo lo cual cumpliréis y ejecutaréis sin réplica ni excusa alguna, so pena de traidores á la corona real, y de que con mano armada enviaré á castigar vuestra inobediencia, que así conviene al servicio de S. M., para cuyo efecto dí esta orden firmada de mi mano y sellada con el sello de mis armas. En este pueblo de Uzumasinta á tres de abril de mil seiscientos y cuarenta y seis años. El general perpétuo del Próspero. D. Diego de Vera Ordoñez de Villaquirán."

Con este despacho se despidieron del general y salieron de Uzumasinta mártres de pascua de resurreccion á tres de abril, acompañándolos el beneficiado (y algunos españoles) hasta el último pueblo de su beneficio que se llama Tenozic, donde hallaron veinte indios del pueblo de Nohhá que habian venido á recibir á los religiosos. Desde esta primera vista de sus nuevos hijos, comenzaron á experimentar nuevas necesidades y trabajos, pues cuando entendieron traian algun bastimento para llevarlos por el despoblado que hay desde Tenozic á su pueblo Nohhá, en acabando los indios de saludarlos pidieron á los religiosos que les diesen de comer, diciendo venian con necesidad porque en su tierra habia hambre. Preguntáronles si habia por el despoblado y camino agua, y respondieron que no, y lo mismo era á cuanto les preguntaban. Esto era ficcion en que los habia puesto el mestizo Vilvao, para que los religiosos atemorizados con tan malas nuevas no pasasen adelante, y el por qué despues se verá.

Como habian yá los religiosos ofrecido sus vidas á Dios desde el principio de este viaje, no fué inconveniente lo referido, ántes dijeron á los indios que de cualquier modo habian de pasar, y que con lo que los

indics se sustentaban vivirian ellos, pues no habian salido á buscar regalos, sino la salud de sus almas y de las de sus compañeros. Así se determinaron á pasar adelante con un poco de pescado que el beneficiado les dió por no hallarse allí con otra cosa de regalo. Viérnes á trece de abril, dia del glorioso rey mártir S. Hermenegildo, pidieron al beneficiado su bendicion, y para recibirla se pusieron de rodillas en tierra. Dió-sela con no pocas lágrimas de devocion, así él como los españoles que se hallaban presentes, viéndolos ir á un tan santo y apostólico ejercicio como evangélicos predicadores, confiados solamente en la clemencia y bondad divina, pues les habian dicho los indios lo que se ha visto, y á todos pidieron los encomendasen á Dios que diese buen suceso á su pretension para gloria y honra suya. Despidiéronse y salieron de Tenozic guiándolos los indios por donde no habia agua, pudiendo ir por donde hay muchas lagunas, y anduvieron aquel dia cinco léguas fatigadísimos con el gran calor del sol, falta de agua y caminar á pié. Pasaron así hasta un ranchillo cerca de una aguada donde estuvieron aquella noche, y al siguiente dia fué al contrario porque á cada pequeño trecho hallaban lagunas y arroyos de buena agua, y así con mas descanso llegaron á la hora del medio dia á otro pequeño rancho, donde estaba el mestizo Vilvao con el cacique de Nohhá aguardándolos. El camino de este dia era bueno, cercado de alta arboleda de cedros, caobanas y otros árboles muy crecidos que hacian sombra al camino, muchas frutas de tierra caliente, y gran cantidad de monos de los grandes barbados y de los pequeñitos que son muy juguetones y graciosos.

CAPITULO CUARTO.

Los religiosos llegan al pueblo de Nohhá, y lo que allí padecieron siendo la causa el mestizo Vilvao.

Luego que el mestizo Vilvao saludó á los religiosos, comenzó á manifestar su intencion, diciéndoles que si tenian aburridas las vidas, pues iban á estar entre indios tan malos y que no los podian sustentar por haber hambre en su tierra. Que el general los habia engañado, y otras cosas á este modo que pudieran entibiar su buen propósito. A todo le respondian que Dios proveeria lo necesario como padre de misericordia; pero él no los quisiera tan confiados en la divina bondad. Caminaron á la tarde como dos léguas, y pasaron á hacer noche junto á un arroyo de buena agua, cercano á unas sierras muy altas, habiendo sido hasta allí todo el camino llano. Comenzaron á otro dia á subir una muy ágría, que los fatigó mucho como iban á pié y con tan gran ardor del sol, y así no pudieron andar mas que tres léguas, y temprano se acomodaron para pasar aquella noche en la falda de otra sierra mas alta por donde corria un arroyo de agua muy buena. Vieron aquel dia por toda aquella serranía muchas arboledas de cacao, pucuz, copal, bálsamo y vainillas de las olorosas que se echan en el chocolate. El lunes siguiente caminando por aquella serranía desde la cumbre de ella descubrieron como á la una del dia una gran laguna, en cuya ribera les dijeron estaba el pueblo de Nohhá donde iban á hacer su residencia por entónces, cosa que les dió gran contento por verse yá tan cerca de donde deseaban, y á la tarde llegaron al pueblo.

A la entrada de él hallaron á todos los indios, indias, niños y niñas con ramos en las manos, que habian salido á recibirlos, y todos juntos fueron en procesion á la iglesia con gran júbilo de verse yá con sus

nuevos hijos, que les hizo olvidar todo el trabajo pasado en el camino. Llegados á la iglesia hicieron oracion, y despues el padre Fr. Simon en una breve plática les dió razon de su venida, cómo era en nombre del rey nuestro señor, que Dios guarde, y cómo nuestros prelados movidos del bien de sus almas, los enviaban á predicarles la ley de Dios, y enseñarles la doctrina cristiana. Citólos para el dia siguiente en que se lo diria mas por extenso, con que los despidió, quedando al parecer los indios muy consolados con la llegada de los religiosos.

Predicóles el padre Fr. Simon el dia siguiente, y acabado el sermon, los indios abrazaron á los religiosos y despidiéndose muy contentos se fueron acompañado al mestizo Vilvao á su casa. Al dia siguiente no dieron india que moliese el maiz para las tortillas que habian de comer los religiosos en lugar del pan que en otras partes se come, y diciéndoselo al Vilvao mandó llamar á una india y dijo á los religiosos: padres, esta india les ha de hacer siempre pan. Faltó al otro dia, y diciéndoselo la trajeron y hizo como que la reñia por la falta, pero era fingido, porque allí en su presencia dijo un indio que no la tenia él en su casa sustentándola para que sirviese á los padres. Hizo tambien como que reñia al indio por la libertad con que habló, y mandó traer otra para que hiciese pan. Viendo los religiosos que aun á esto, sin que no podian vivir, les acudian tan mal, determinó el padre comisario escribirlo al general para que mandase poner remedio en ello, y dió las cartas á unos indios para que las llevasen, esperando con su respuesta tener algun alivio. Supo el mestizo cómo escribian, y quitando las cartas á los indios, los ocultó para que los religiosos entendiesen que habian ido, y el general no tuviese noticia de lo que pasaba. Con estas ocultas trazas solicitaba que los religiosos se fuesen, enfadados

de ver que los indios los trataban con tantas señales de poca voluntad. Permitió nuestro Señor que de una traza que dió el mestizo para desacreditar á los religiosos, redundase que los indios conociesen la bondad y sinceridad de su proceder, y juntamente se les manifestase la mala intencion del Vilvao.

Para ejecutarla, luego que llegaron los religiosos prendió á un indio del pueblo, y puesto yá en la cárcel hizo hacer una horca, diciendo que le habia de colgar en ella, y cuando le pareció llamó al padre Fr. Simon para que le confesase y ayudase á bien morir. Fué el padre Fr. Simon á la cárcel, y preguntándole al indio y á otros que por qué le ahorcaba el mestizo, dijeron que no sabian, pero que no habia cometido delito alguno digno de muerte. Lastimado del miserable indio, vino y se lo dijo al padre comisario, y ámbos (con un español que allí estaba) fueron y le rogaron con toda instancia perdonase al indio. Dificultó mucho el perdon, y por último dijo que por lo ménos le habian de llevar por las calles del pueblo y subir á la horca, y que estando allí le pidiesen los religiosos puestos de rodillas no ejecutase su muerte, y que entónces le bajarían de la horca. Humilláronse los religiosos á cumplir la condicion (aunque manifestaba en ella tanta soberbia el mestizo) por la vida de aquel indio, al cual sacaron de la cárcel, y llevándole por las calles á la horca, le iba acompañando el padre Fr. Simon y animándole que no moriria. Estando yá en la horca se pusieron de rodillas los religiosos ante el mestizo (presente todo el pueblo) y le pidieron no se ejecutase la muerte del indio; con que dijo que le bajasen de la horca. El miserable estaba yá casi mortal con el susto (porque mal creeria al padre Fr. Simon habiendo sucedido lo que luego diré, aunque le iba diciendo que no moriria) y lleváronle á la iglesia donde en gran rato no volvió en su acuerdo.

Estaban con él los religiosos, y habiendo recobrado sus sentidos les dijeron él y otros indios que allí estaban cómo luego que llegaron habia prendido el mestizo aquel indio, diciéndoles que la prision y el ahorcarle era por mandato de los religiosos, y que por allí verian como no eran buenos ni iban por su bien. Pero que habiendo visto cómo por ellos no murió, conocian que el mestizo era el malo, y que ellos habian ido por su bien. Entónces declararon tambien cómo habia dicho á los indios que salieron á Tenoziac á recibirlos que fingiesen habia hambre en su tierra, y los llevasen por malos caminos para desanimarlos, y que se volviesen, y que si porfiando llegasen á Nohhá que no los comunicasen, y les diesen mal de comer y no les diesen servicio, y que si él los riñese, estuviesen advertidos que no era de veras, sino solo por cumplir con los padres; que con eso se irian porque habian ido á engañarlos para hacerlos despues esclavos. Que lo que el padre Fr. Simon les habia predicado no lo creyesen porque era mentira y engaño. Miétras los que allí estaban dijeron esto, vinieron algunos de los que le acompañaron á su casa, que dijeron cómo luego que llegó á ella les dijo: ¿veis cuanto poder tengo, pues los padres se arrodillaron delante de mí en presencia de todos vosotros? Y que con esto que les dijo habian quedado mas temerosos de él que estaban ántes. Supieron tambien en esa ocasion cómo habia cogido las cartas escritas al general, y ocultado los indios. Esto dió mas pena á los religiosos, pues cuando entendian les venia yá algun remedio, le veian tan difícil por la malicia y poder con que se habia introducido con los indios el mestizo.

Considerando que del mismo modo impediria otros que despachasen, resolvieron que el español que estaba en su compañía llevase las cartas al general. Pidiéronle indios para que guiase al español, y diólos al parecer

de buena gana; pero yá que no pudo impedir la salida del español, dió tres indios flojos y perezosos á quien dijo que le dejasen en el monte para que allí pereciese, no sabiendo salir de él, y entendió ayudar á esto teniendo modo como echar veneno en el pinole que habia de beber por el camino; con que despues estuvo muy cercano á morir, aunque fué Dios servido mejorase. Tambien mandó á los indios escondiesen las canoas con que habia de pasar el rio, pero llegando el español se las quitó á los indios y pasó, aunque se excusaban diciéndole que Vilvao lo mandaba. Cuando supo habia pasado, azotó á los indios, y luego fué muy disimulado, y dijo al padre comisario: "V. paternidad y su compañero están aquí en gran peligro, y el general los engañó. Mejor es que se vayan y entren cuando él venga, porque de entrar aquí gente española, este hombre no los he admitir, porque si quieren venir han de entrar á costa de su pellejo. Y así V. paternidad trate con su compañero de irse." Fué el padre comisario muy triste á referir al padre Fr. Simon lo que le habia dicho el mestizo, y consolóle diciendo que pues Dios los habia llevado allí proveeria de remedio, que no tardaria mucho habiendo ido el español con las cartas al general.

Otro dia por la mañana vino el mestizo, y habiendo saludado á los religiosos les dijo cómo aquella noche habian los indios quemado los graneros del maiz de la comunidad por no sustentarlos, diciendo que eran pocos y no podian acudir á darles carne necesaria para su sustento, y que así no gustaban estuviesen con ellos. Conocieron su mala intencion, porque lo que les daban era un puerquezuelo montés de que hay grandísima copia por aquellos montes de buenas carnes de diversos animales y muchas áves que con facilidad cogen los indios cuando quieren. Llegó á tanto, que ni aun monos para comer les daban, pero tolerábanlo es-

perando en Dios tendria presto remedio. Viendo el mestizo que tan mal tratamiento no bastaba para que los religiosos se fuesen, vino un dia á decirles que ni aun maiz habia yá que darles, y que si no querian perecer de hambre se fuesen. Que advirtiesen entraba yá el tiempo de las lluvias, y no podrian salir despues á Tenozic. Que allí no habia donde recurrir para socorrerse; que él y los indios los llevarian y á su ropa hasta el pueblo de Tenozic. Por entónces no le respondieron cosa alguna, pero despues considerando bien que el estar allí era de poco fruto, y el peligro de morir (pudiendo guardarse para mejor ocasion) estaba casi patente, resolvieron de irse donde estaba el general. Dijéronselo al mestizo que quedó con esto muy alegre, entendiendo estaba yá sin los religiosos; pero Dios lo dispuso como se dice en el capítulo siguiente.

CAPITULO QUINTO.

Prenden los indios al mestizo Vilvao que se huyó, y lo que respondió el general á los religiosos.

Con gran desconsuelo estaban los religiosos habiendo de dejar aquellos hijos, y en especial por tener yá bautizados cincuenta y siete niños; pero forzábales la ocasion presente, y así estando yá domingo doce de mayo por la tarde acabando de prevenir su salida para el lunes siguiente, presumiendo que el español que llevaba las cartas iria yá muy adelante por haber trece dias que salió de Nohhá, volvió un indio de los que fuéron con él á llamar uno de los religiosos que le confesase porque quedaba muy malo en el monte. Ofre-